

El Partido Comunista Paraguayo durante la década infame paraguaya (1937-1947): entre la „revolución nacional“ y la lucha contra el fascismo.

Castells, Carlos.

Cita:

Castells, Carlos (2011). *El Partido Comunista Paraguayo durante la década infame paraguaya (1937-1947): entre la „revolución nacional“ y la lucha contra el fascismo. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/168>

MESA 27

América Latina, entre el autoritarismo y el antifascismo en la dinámica de la entreguerras.

Coordinadores:

Saúl Casas (UNLP)

Adriana Sara Pons (FFyA-UNR)

Javier Moyano (UNC)

Título de la ponencia:

**“El Partido Comunista Paraguayo durante la década infame paraguaya (1937-1947):
entre la ‘revolución nacional’ y la lucha contra el fascismo”**

Castells, Carlos

UNR-CEALC

DNI N° 33.216.096

carles1205@hotmail.com

Si acepta la publicación

Introducción

Finalizada la guerra del Chaco, soplaban vientos de cambio en el Paraguay. En el Partido Liberal (PL), que se mantenía en el gobierno desde 1904, no sospechaban que les quedaba poco tiempo al frente de los destinos del país, convencidos como estaban de haberlo conducido a la victoria frente a Bolivia y de contar con nada menos que el genial estratega del ejército vencedor, el general José Félix Estigarribia, como Comandante en Jefe de las FFAA. Sin embargo, el 17 de febrero de 1936, la I División de Campo Grande (cerca de la capital) derrocaba mediante un golpe de estado al presidente liberal Eusebio Ayala, y el general Rafael Franco, héroe de guerra, asumía dos días después la presidencia.

Los sucesos de febrero, experimento político que sólo duraría hasta agosto de 1937, produjeron un cambio profundo en la historia del país, afectando profundamente el derrotero político posterior. Era el fin de toda una era, signada por el consenso liberal y la república oligárquica-latifundista. Y comenzaban los tiempos del “nacionalismo”, se iniciaba todo un período de gobiernos autoritarios que, aunque de diferente signo, ya no apelaban como antes a principios liberales sino a ideas corporativistas, decididamente antiliberales, y decían asumir proyectos de desarrollo económico que permitirían superar el atraso en que se encontraba el país. Se iniciaba también un período de grandes conflictos sociales e ideológicos, influidos por el contexto internacional de lucha entre fascistas y anti-fascistas, conflictos que se extenderían por toda una década y que desembocarían en la trágica guerra civil de 1947, derrota histórica de los sectores progresistas que dejaría como saldo inequívoco la consagración del Partido Colorado en el poder durante las siguientes seis décadas.

El fin de una era

Hacia 1936, con poco menos de un millón de habitantes, el Paraguay seguía siendo un país pobre y aislado por la geografía. Carecía de caminos permanentes, de flota mercante, de electrificación, de agua potable y de puestos sanitarios en el interior. Su comercio se limitaba casi exclusivamente a la Argentina. La industria azucarera, la cárnica, el *petit grain*, la producción algodonera, de yerba mate, tabaco, maderas y otros productos eran los sectores dinámicos que aportaban los necesarios pesos argentinos que equilibraban la

balanza comercial. No obstante, este modelo de desarrollo económico, construido sobre la base del latifundio y una economía de enclave extractiva y ganadera, se encontraba en crisis. Profundos cambios operados en las economías de la región afectarían profundamente a las empresas yerbateras y tanineras, comenzando su larga decadencia. Los años treinta significarían en este sentido el principio del fin de los grandes latifundios forestales, perdidos sus mercados, agotados los recursos naturales no renovables y movilizada la mano obra debido a la guerra con Bolivia. Se notaba también el creciente peso económico del sector agrícola, irrelevante en las décadas anteriores, que alcanzaba ahora el primer lugar en el comercio exportador.

En el ámbito político también se perfilaba una profunda crisis. Los dos partidos tradicionales contaban ahora con la competencia de sectores que impugnaban la tradición bipartidista. En donde más ganaban terreno las nuevas agrupaciones era en Asunción, donde la pérdida de credibilidad de colorados y liberales era muy fuerte, y donde prosperaban agrupaciones como la “Liga Nacional Independiente”, que se identificaba dentro del “liberalismo social”, de carácter reformista. Fundada en 1928 e integrada por una elite de intelectuales y profesores universitarios, su programa incluía la “justicia social”, reformas laborales e intervención del estado en obrajes y yerbales. Sin embargo, en las zonas rurales, hogar de la mayoría de la población, la tradición bipartidista “azulgrana” seguía siendo decisiva.

El ambiente social se encontraba en evidente agitación. El movimiento obrero paraguayo, en creciente expansión desde los años 20, se encontraba dividido entre sus dos tendencias históricas: anarquismo y socialismo. Los primeros se concentraban en la CORP (Centro Obrero Regional Paraguayo) mientras que los segundos lo hacían en la UGP (Unión Gremial del Paraguay), que contaba con los dos sindicatos más importantes del país: la Liga de Obreros Marítimos (LOM) y los ferroviarios. Paralelamente a la creciente actividad del movimiento obrero, otro fenómeno sacudía a la amodorrada sociedad asuncena de los veinte. Un grupo de estudiantes, que había tomado contacto con las ideas de la Reforma Universitaria en la Argentina, ganaba la dirección de la Federación de Estudiantes del Paraguay en 1923. Al frente del mismo se encontraban, entre otros, los jóvenes Oscar Creydt y Obdulio Barthe, hijos de acaudalados terratenientes y futuros dirigentes principales del Partido Comunista. Como fruto de la lucha de estos estudiantes, en el año

1929 el gobierno liberal reformaría la Universidad siguiendo el modelo de lo sucedido en las universidades argentinas. El ideario reformista rápidamente prendió en los sectores juveniles, y desembocó en un vigoroso movimiento cívico de oposición al gobierno liberal de José P. Guggiari, llamado el “Nuevo Ideario Nacional”, que apeló a la unidad obrero-estudiantil y comenzó a participar en mitines y huelgas obreras. El “Nuevo Ideario Nacional” fue un movimiento renovador en la política paraguaya de los años veinte: exaltaba un socialismo humanista, pero no tenía una clara orientación respecto a sus objetivos sociales y políticos, y contaba con una evidente falta de claridad en sus propuestas. La dispersión terminó siendo el previsible destino político de sus miembros. No obstante este resultado, todavía en 1928, la CORP y la UGP por un lado, y la Federación de Estudiantes del Paraguay (FEP), por el otro, fundaron una Universidad Popular, fenómeno que aunque no sobrevivió a las convulsiones políticas de la época, contribuyó a sellar definitivamente la alianza entre algunos jóvenes reformistas y dirigentes sindicales.

Una vez finalizada la Guerra del Chaco (1932-1935), el ejército se mantuvo en estado deliberativo. La mayoría de sus cuadros habían sido ganados a la prédica antiliberal, y uno de sus máximos referentes, el general Rafael Franco, era el líder indiscutido de la conspiración. La reacción del Ejército ante su destitución y expulsión fue lo que llevó a que, con el apoyo del movimiento de “excombatientes”, de los sectores juveniles radicalizados y de los sectores antiliberales de la derecha paraguaya, se produjera el golpe cívico-militar que derrocó al gobierno liberal de Eusebio Ayala.

La fundación del Partido Comunista

Existen fuertes controversias sobre la fecha de fundación del Partido Comunista Paraguayo (en adelante, PCP). Según Francisco Gaona, docente y sindicalista contemporáneo de dicho acontecimiento, el comunismo hace su aparición en Paraguay en 1924 con la formación de un Comité de Acción Social, que se transforma en la sección paraguaya de la Internacional Comunista. El comité fue fundado por estudiantes y obreros, y tuvo su propio periódico, “Bandera Roja” (Gaona, 1987:83). En la oficial *Historia del Partido Comunista Paraguayo*, de Humberto Rosales, se cita también la opinión de Sinforiano Buzó Gómez, quien coincide con Gaona en situar la fundación en 1924 (Rosales 1991:9). Ambos autores

agregan además la reorganización del comité en forma de partido hacia 1928, con la elección de una comisión directiva y un secretario general, Lucas Ibarrola. Este último, que ya era la figura sobresaliente del comité en 1924, representaría al Paraguay ante la IC un par de años más tarde. (Gaona, 1987:83-84, 168). Muy diferente de las anteriores es la opinión de Oscar Creydt, uno de los máximos dirigentes del PCP en las tres décadas siguientes. Luego de la ruptura del partido en los años sesenta entre las facciones “pro-rusa” y “pro-china”, Creydt, ya transformado en el dirigente máximo de esta última y en un feroz crítico de sus ex camaradas que quedaron bajo “la órbita soviética”, sostiene que la fundación real y concreta del PCP se dio recién en 1933, aunque anota como antecedente la fundación de una “comisión sindical roja” desde Montevideo, ninguneando de esta manera al grupo de Ibarrola y al comité de acción social, reivindicados por sus enemigos “pro-rusos” (Creydt 2007:280).

En todo caso, y más allá de las desavenencias expresadas por dichos autores, la fundación del PCP fue el resultado del proceso de movilización social que se produjo hacia los años 20; proceso en el que confluyeron un movimiento obrero –que aunque diminuto, era combativo y se encontraba en expansión– y un movimiento estudiantil en que prendían los ideales renovadores proyectados por el fenómeno de la Reforma. La mayoría de los dirigentes sindicales y de los estudiantes reformistas no adhirieron al comunismo sino hasta mediados de los años treinta, cuando los máximos referentes de ambos grupos se afiliaron al PCP. Fue así que hacia el fin de la guerra del Chaco, de ese grupo minúsculo de propagandistas que funcionaban desde mediados de los años veinte, emergería un partido que tendría cientos de militantes y movilizaría miles de personas, integrándose rápidamente al mapa político del país junto a los tradicionales partidos colorado y liberal, y al nuevo y pujante partido surgido de la revolución de febrero de 1936.

En 1934, en el partido bonaerense de Lobos se realizó el Congreso de refundación del PCP, con la presencia de figuras del movimiento reformista y dirigentes sindicales, como Obdulio Barthe, Augusto Cañete, Perfecto Ibarra y otros, aunque sin la presencia de Oscar Creydt, preso en Buenos Aires a pedido de la embajada paraguaya. Por la forma en que se dio esta reorganización (o mejor dicho, refundación), con el auspicio y bajo los cuidados del PCA y de la IC, el PCP rápidamente se formó bajo el dogma estalinista, es decir etapista y reformista, con un programa democrático e anti-imperialista. No obstante, una

indisimulada faceta “insurreccionalista” y la “vía armada” estuvo desde el primer momento presente entre sus máximos dirigentes, tal vez por influencia de la experiencia de Luiz Carlos Prestes en Brasil, a quién Oscar Creydt conoció y frecuentó en su exilio montevideano. Esto le acarrearía al PCP férreas disputas con la dirigencia de su par argentino que incidirían profundamente en su posterior división de los años sesenta.

Los comunistas ante febrero del 36

Con el final de la guerra, el Estado liberal oligárquico consolidado en los años veinte estalló en una profunda crisis. Fueron éstos los años del nacionalismo, que se convirtió en la ideología hegemónica en la mayoría de las fuerzas políticas. En aquel entonces, a principios de 1936, se produciría la unificación del movimiento obrero paraguayo como consecuencia de la confluencia de anarquistas y socialistas en el PCP, lo que daría como resultado la formación de la Central Nacional de Trabajadores (CNT), integrada según Díaz de Arce por 66 sindicatos y 55 mil miembros, cifra que me parece algo abultada (Díaz de Arce, 2003:348). En un clima de “revolución”, como diría el presidente liberal Eusebio Ayala, la huelga de tranviarios preparó el camino a la sublevación militar que, mediante la “revolución” del 17 de febrero, llevó a Rafael Franco al poder. “El gobierno revolucionario y un denominado plebiscito del ejército derogaron la Constitución del 1870 y sostuvieron que el ejército victorioso del Chaco era el ‘pueblo en armas’, teniendo derecho a ejercer la soberanía nacional” (CVJ 2008 I:32).

El movimiento de febrero de 1936, conocido posteriormente como “febrerismo”, fue un movimiento bastante heterogéneo, anti-liberal, que afirmaba como sus objetivos fundamentales la realización de la reforma agraria, el desarrollo industrial, el reconocimiento de los derechos de los trabajadores, etc. Por otro lado, asumía una posición claramente paternalista y autoritaria, rechazando cualquier actividad política por fuera del “organismo estatal”, como sostenían en el decreto-ley de “Defensa de la Paz Pública” que “moviliza [...] a [...] todos los ciudadanos [...] para realizar integralmente sus objetivos permanentes directamente a través del organismo estatal. [A la vez que] toda actividad de carácter político, de organizaciones partidistas, sindicales [...] que no emane explícitamente del Estado, será prohibida” (CVJ 2008 I:123). La coalición gobernante era bastante

heterogénea y su gabinete tan amplio que incluyó desde un socialista como Anselmo Jover Peralta, un liberal reformista como Juan Stefanich y un fascista como Gómes Freire Estévez. Un sector de oficiales de Caballería, el “Frente de Guerra”, de simpatías fascistas también aparecía en el horizonte político como grupo de presión.

Para el PCP, y a pesar de su declarado anticomunismo, el gobierno de Franco se presentaba como la encarnación de un movimiento democrático-burgués que pretendía la modernización del país terminando con su estructura atrasada y “feudal”, y en consecuencia, contó con el apoyo decidido de sus dirigentes y militantes. En un breve primer momento la política obrera de Franco estuvo regida por el sector duro, de Freire Estévez, que se caracterizó por la represión del sector popular (expresada paradigmáticamente en el apresamiento del dirigente gremial Francisco Gaona), lo que terminó por provocar la reacción del movimiento obrero y el llamado a la huelga general de la CNT. Finalmente, Freire Estéves tuvo que renunciar y comenzó el período, también bastante corto, de entendimiento entre los comunistas y el gobierno de Franco. El febrerismo tomaba entonces su perfil más progresista: decretaba la ley que reglamentaba la jornada de ocho horas, sentaba las bases para la realización de una Reforma agraria, creaba el Departamento Nacional del Trabajo, intervenía en obrajes y yerbales etc. Fue en aquel entonces cuando se produjo el primer gran conflicto interno del PCP, frente a la intención del gobierno de conformar un Partido de la Revolución. Algunos sectores del PCP y del sindicalismo que contaban con el apoyo de la IC y del PC argentino, plantearon la necesidad de disolverse e integrarse al mismo. La dura interna que siguió a esta cuestión, en la que los partidarios de la disolución tuvieron las de perder, provocó el alejamiento de los líderes sindicales más oficialistas, como Francisco Gaona.

En la segunda parte del año, y en un contexto de crisis del gobierno “revolucionario”, el febrerismo volvió a mostrar la otra cara frente al movimiento obrero: se decretó la disolución de la CNT y se encarceló a centenares de luchadores sociales. En octubre de 1936, mediante el decreto N° 5.484, “Por el cual se declaran punibles las actividades comunistas y se establecen las penas correspondientes”, se proscribía al comunismo, penándose con hasta cuatro años de prisión las “actividades comunistas comprobadas”, sin derecho a excarcelación. La mayoría de sus dirigentes eran confinados a remotos puntos del

país o deportados. La legislación represiva de la “revolución de febrero” sentaba precedentes de lo que predominaría en el Paraguay de las siguientes seis décadas.

Pero el problema de Franco no provenía de la izquierda, sino de la reacción liberal que conspiraba para regresar al gobierno. Hacia junio de 1937, el gobierno revolucionario bajo el “gabinete Stefanich”, no tenía más apoyo que la *Liga Nacional Independiente*, y perdía credibilidad en algunos sectores del ejército que lo habían apoyado. Fue en el sector de Caballería desde donde comenzó el levantamiento militar, que en un primer momento estaba dirigido más contra Stefanich que contra Franco, que aún conservaba intacto su prestigio. Con todo, su actitud indoblegable, terminaría provocando su caída junto con la de su gabinete. La operación duraría sólo unos pocos días y el 13 de agosto de 1937 se produciría el derrumbe, sin el disparo de un solo tiro de fusil, de la experiencia febrerista. “La opción anticomunista y antidemocrática de Franco conducía al movimiento nacionalista, inevitablemente, a un callejón sin salida; lo aislaba de las masas y anulaba sin remedio su vocación anti-oligárquica” (Díaz de Arce, 2003:349). Sin Franco y ante una situación que no preveían, los militares tuvieron que negociar con el PL una salida política, dando lugar al interinato del liberal Dr. Felix Paiva (1937-1939).

Contra el fascismo

Con la restauración liberal, la represión al comunismo no hizo sino acentuarse. Oscar Creydt, perseguido por el “Frente de Guerra” o “Grupo de Caballería”, salvó su vida huyendo del país. La mayoría de los máximos dirigentes se mantuvieron en la clandestinidad o el exilio, pero algunos militantes no tuvieron esa suerte. El 23 de septiembre de 1937 fue hallado muerto el estudiante Félix H. Agüero: con diecinueve años, miembro de la Federación Juvenil Comunista, fue secuestrado por la Caballería cuando se encontraba detenido en la Central de Policía. El gobierno “universitario” del Dr. Félix Paiva era una fachada que ocultaba mal el creciente poder de los “fascistas” de Caballería. La represión, sin embargo, no frenó la agitación obrera y estudiantil. En mayo de 1939 se produjo la Asamblea Constitutiva de la Confederación de Trabajadores del Paraguay (CTP), que reemplazaría a la disuelta CNT de 1936. Varios de los miembros del Consejo de la misma pertenecían al Comité Ejecutivo del PCP.

Los diez años de autoritarismo que transcurrieron entre 1936 y 1946, fueron de duros enfrentamientos internos en el comunismo paraguayo. Para aquella época la mayoría de los PCs del continente habían adoptado la línea de “frente popular” antifascista, que en la práctica llevaba a la alianza con las “fuerzas democráticas” frente al peligro fascista. Ello implicaba que aquellos gobiernos que, aunque siendo dictatoriales o autoritarios, apoyaran a los aliados durante la guerra recibirían el apoyo de los comunistas. Tal fue el caso del PCP durante la ascensión de José F. Estigarribia, el “general de la victoria”, a la presidencia en agosto de 1939, luego de unas elecciones fraudulentas en las cuales, por falta de garantías, se negaron a participar los partidos opositores.

Apoyado por un sector del PL, Estigarribia fue resistido por propios y ajenos. Su actitud pro-norteamericana no caía bien en los círculos del Frente de Guerra, el ejército desconfiaba de su gabinete “partidario”, lo mismo que colorados y febreristas. En el PL se encontraban descontentos con la participación de militares en el gobierno. Ante tanta oposición, Estigarribia contó con el apoyo inesperado de los comunistas, debido a que sectores de la dirigencia del PCP concluyeron que el peligro “fascista” provenía del “Frente de Guerra”. Humberto Rosales señala en su “oficial” historia del PCP, que éste “no supo interpretar cabalmente el carácter del gobierno de Estigarribia, como expresión de naciente autoritarismo y esencial continuador de la vieja política oligárquica de defender a utilidad de los intereses del orden establecido y el imperialismo de los Estados Unidos” (Rosales 1991:14). Este “seguidismo” se justificaba precisamente en el marco político de la línea antifascista, que en algunos PCs de América Latina rápidamente degeneró en apoyo al “panamericanismo de Roosevelt”, como reza un documento de la época:

El contacto indudable que el presidente electo tiene con la política panamericanista de Roosevelt, basado en el empréstito y expresado en declaraciones progresistas y en promesas de gobernar democráticamente, aseveran la justeza de nuestra posición actual¹.

Este posicionamiento político, cuestionado por Creydt desde su exilio montevideano, llevó a una profunda interna dentro del PCP, en la que también intervinieron dirigentes del PCA. En febrero de 1940, el gobierno “democrático” y “progresista” de Estigarribia adoptaba un perfil claramente autoritario y represivo. El Congreso, constituido íntegramente por

¹ Documento no fechado, citado en Rosales 1991:14.

liberales, declaró la necesidad de revisar la Constitución vigente (de 1870, disuelta en 1936, restaurada por el golpe militar de 1937), el 18 de ese mes se auto-disolvió y, por simple decreto, Estigarribia asumió la suma del poder público, declaró la tregua política y encargó a una comisión de juristas la formulación de una nueva Constitución². Dicha Constitución fue aprobada por referéndum, y entró en vigencia en julio de 1940. Se trata de una de las constituciones más autoritarias que haya dado la historia americana: en ella se fortalecía el poder del presidente de la república y se creaba un Consejo de Estado, organismo corporativo formado por los ministros del Ejecutivo y representantes de los sectores propietarios del Campo, la Industria y el Comercio, así como del Ejército, la Universidad y la Iglesia. Se declaraba el “interés general” superior al privado, la necesidad de intervención del Estado en la vida económica, la posibilidad de la censura a la prensa (efectivizada luego por medio de una ley), y en el artículo 35, se declaraba que no estaba permitido “predicar el odio entre los paraguayos ni la lucha de clases”³. El PCP, desde ese momento, pasaba a transformarse en un partido “anticonstitucional”.

La trágica muerte de Estigarribia en un accidente aéreo, en septiembre de 1940, impidió la continuación de su proyecto político. Debido a que el poder legislativo de la nueva Constitución, la Sala de Representantes, no llegó a conformarse, el país entró en una nueva acefalía. Fueron nuevamente los jefes militares de Caballería quienes se encargaron de resolver la situación, nombrando al Gral. Higinio Morínigo, ministro de Guerra, como presidente.

Así comenzó la férrea dictadura de Morínigo (1940-1948), autoproclamada como la “Revolución Nacional”, continuadora supuesta de la comenzada en febrero de 1936. Heredó de Estigarribia la nueva Constitución, la tregua política, la ley de prensa y los ministros liberales, que no tardaron en ser reemplazados, llevándolos nuevamente a la oposición. Morínigo, no obstante, agregó unas cuantas pinceladas al cuadro represivo heredado de Estigarribia: decretó una “tregua sindical” y la movilización militar de todo obrero que se declarase en huelga, sancionó la ley “de Defensa del Estado” de carácter represivo que restituía la pena de muerte por razones políticas, abrió nuevos centros de detención y tortura, e ilegalizó mediante decreto al PL. Aunque coqueteó durante un tiempo

² Decreto N°1, febrero de 1940, Registro Oficial, año 1940, p. 3.

³ Decreto Ley N° 2.242, “Por el cual promulga la Nueva Constitución Nacional”, mimeo, Asunción, 10 de Julio de 1940.

con los febreristas, no dudó en desembarazarse de ellos al descubrir que conspiraban para derrocarlo. Su gabinete, entonces, fue ocupado por los “tiempistas”, integristas católicos cercanos al corporativismo de Salazar, surgidos en torno al periódico “El Tiempo”.

Fue entonces el apogeo de las ideas fascistas en Paraguay y el auge del “Frente de Guerra”, logia militar liderada por oficiales de Caballería aunque con presencia en todas las armas. En el escenario internacional, por otro lado, Morínigo contó con el inestimable apoyo del gobierno de Roosevelt, esto aún a pesar de las estrechas relaciones diplomáticas mantenidas con Alemania e Italia hasta el rompimiento en 1942, el sostenimiento de la neutralidad en la guerra hasta 1945, y de la relación “carnal” con el gobierno argentino devenido del golpe del año 1943. Durante toda la dictadura moriniguista el Paraguay recibió millones de dólares norteamericanos para proyectos agrícolas, obras públicas, de salud, equipo militar, etc. La “filantropía” de Roosevelt tuvo su contraparte en la adhesión de Morínigo a la política “panamericanista” de los EEUU.

Fue así que, sorteando conspiraciones en su contra por parte de liberales y febreristas, Morínigo logró mantenerse en el poder más tiempo que ningún gobernante paraguayo del siglo XX hasta entonces, amparado, como decíamos, por el Frente de Guerra y los tiempistas. Pero no sólo en ellos. Desvinculado su rival tradicional del gobierno del país, el partido colorado comenzó a tender posiciones hacia Morínigo. Por primera vez en muchos años, esta vieja agrupación política encontraba una oportunidad histórica de superar la marginalidad a la que había sido llevado por décadas de gobiernos liberales. Se trataba de un partido fuerte, con el peso de sus figuras históricas y su tradicional influencia de masas. La mayoría de sus dirigentes de la época, en un discurso claramente autoproclamatorio, lo consideraban el partido históricamente mayoritario del país, afirmación bastante exagerada basada en el Paraguay de 1940 y no en el de las décadas anteriores. Los hechos justificaban, empero, este tipo de afirmaciones: durante la “primavera democrática”, la manifestación más multitudinaria de todas fue justamente la realizada por la ANR, y aunque los cálculos de hasta cien mil manifestantes son exagerados, no dejó de causar una honda impresión en todas las fuerzas políticas. De un partido minoritario que no había tenido la fuerza para aprovechar las enormes guerras civiles entre “liberales” de 1911-12 y 1922-23, había pasado a ser en los años cuarenta un partido mayoritario, cuasi-oficialista con amplia influencia en las zonas rurales del interior del país.

Mucha agua corrió bajo el molino de la Asociación Nacional Republicana (en adelante ANR, siglas del Partido colorado) para llegar a ser el pujante partido que monopolizaría la vida política del Paraguay por sesenta años. Una profunda renovación ideológica y programática se había iniciado hacia los años veinte. Una generación de jóvenes intelectuales, liderados por Natalicio González, comenzaba a disputar el poder a la vieja jerarquía tradicional del partido. Influenciados por el pensamiento de conocidos ideólogos del nacionalismo latinoamericano (como Scalabrini Ortiz, los miembros de FORJA, los del APRA), Natalicio González y su grupo criticaron duramente a los gobiernos liberales y condenaron el mantenimiento de un sistema económico “antinacional”, basado en el latifundio y en el gobierno de una oligarquía vinculada al imperialismo “anglo-argentino”. Mediante una fuerte campaña política comenzaron una vigorosa reivindicación “revisionista” de los “héroes patrióticos” del siglo XIX, el Dr. Francia y los López, a quienes consideraban como el ejemplo de un gobierno “nacionalista”. Su propuesta de “socialismo nacional”, sin embargo, no entraba en contradicción con su férreo anti-comunismo.

Aunque su prédica no era ajena a la mayoría de los colorados (e incluso a muchos liberales, febreristas y comunistas), su actitud de “agitador nacionalista” no cuadraba bien en otros sectores del partido, más cercanos a posiciones conservadoras tradicionales, dispuestas a negociar con otras fuerzas políticas y mantener el status quo latifundista-oligárquico. De ahí que no tardaría en producirse una interna feroz dentro de la ANR, entre el grupo más tradicional y moderado de Federico Chávez (llamados los “democráticos”) y el más combativo de Natalicio González, que pasaría a ser conocido con el nombre del grupo paramilitar que comandaba, “Guión Rojo”⁴. La interna, empero, no estallaría sino hasta 1948, una vez derrotados los partidos opositores.

La colaboración de la ANR con Morínigo se dio de manera informal (impedidos de actuar públicamente por la tregua política), a través de los caudillos de las zonas rurales, en donde el gobierno contaba con más apoyo. Una de las características sobresalientes del período de fue la relativa calma que predominó en el campo paraguayo. Esto porque durante la dictadura de Morínigo se había producido una suerte de pacto no oficial “militar-

⁴ El grupo paramilitar llamado “Guión Rojo” se caracterizaría por sus atentados y ataques a la prensa y a reconocidos opositores liberales, comunistas y febreristas.

campesino”, basado en el fortalecimiento (tenue pero no por eso evidente) de la economía minifundista campesina y en la formación de redes clientelares muy fuertes, vía la ANR. Empero, el estrechamiento de las relaciones gobierno-ANR era constantemente jaqueado por el “Frente de Guerra”, que mantenía una posición claramente antipartidista.

Entretanto, la represión de los opositores y la sistemática violación de los derechos humanos no paraban de aumentar. Según el informe de la Comisión Verdad y Justicia durante los gobiernos de Estigarribia y Morínigo “la policía paraguaya encarceló, confinó a campos de concentración en el Chaco, mantuvo en el exilio o controló las actividades de unas 2.800 personas, en su gran mayoría obreros y dirigentes sindicales (45,6% del total), además de liberales (10%), comunistas (7,7%), dirigentes estudiantiles (6,7%), jefes y oficiales militares (4,5%) y franquistas (3,2% del total). Las razzias represivas más importantes se dieron en 1940, 1944 y 1947/48” (Informe final de la CVJ 2008:125).

A pesar de las fuertes disputas internas en la CPT, la agitación social en la ciudad no hacía sino acrecentarse, destacándose los comunistas. En junio de 1941 se realizaba el I Congreso del PCP, que aprobaba el programa de “unión nacional anti-fascista” que incluía entre sus puntos la lucha por la democracia, la realización de la reforma agraria y la normalización institucional del país. Se fundaba asimismo el periódico “Adelante”, vocero histórico del PCP. En dicho congreso también se declaraban en contra de la invasión nazi de la Unión Soviética y exhortaban al pueblo paraguayo a luchar contra el fascismo, tanto en el ámbito nacional como internacional. Finalmente, se nombraba a Aurelio Alcaraz como secretario general del partido, quién no iba a durar mucho en su cargo debido a la “manía persecutoria y el autoritarismo” de Oscar Creydt, según algunos, o la “política seguidista y oportunista” de Alcaraz según otros, que llevaron al alejamiento de éste del partido poco más de un año después.

La creciente agitación social urbana, llevaba a estudiantes y obreros a un enfrentamiento constante con las fuerzas represivas de la dictadura. El PCP, adquiriendo un gran prestigio en el ámbito político, consiguió aglutinar en aquel entonces a muchos jóvenes intelectuales, ganados por el imperativo categórico del momento histórico: la lucha contra el fascismo. A pesar de que el PCP no había realizado un trabajo consciente para ganar adeptos en el campo de la literatura, o en el de la formación en disciplinas científicas, algunos de los mejores intelectuales paraguayos de esa generación se sumaron al partido, entre ellos el

músico José A. Flores, y los poetas Hérib Campos Cervera, Félix de Guaranía y Elvio Romero. Como bien dice Rosales:

En el ambiente universitario [...] la influencia de su línea de unidad amplia contra la dictadura y contra el eje nazi-fascista, permitió y abrió el camino para que intelectuales de valía, independientes o pertenecientes a otros sectores políticos escucharan con respeto y estima las opiniones de los comunistas sobre la común tarea de derrotar a la tiranía moriniguista. (Rosales 1991:19)

En contraposición a la poca actividad del PCP en el campo de la cultura, la dirección sí realizó un importante trabajo entre los militares. Esto lleva a Rosales a sostener la hipótesis del carácter “putchista-aventurerista” que, según él, predominaba en el PCP en aquellos años. Este disparo iba dirigido, sin lugar a dudas, a Oscar Creydt. En efecto, el PCP nunca había abandonado la posibilidad del recurso armado contra el gobierno militar y esta posición sería mantenida y luego implementada contra los gobiernos militares colorados posteriores.

La lucha por la “revolución nacional”

Hacia mediados del año 1946 la dictadura no soportó la presión conjunta de los EEUU, la movilización popular urbana y los partidos de oposición en pos de una salida democrática. Desde 1943, febreristas, liberales y comunistas habían conformado un Frente Democrático y desafiaban decididamente la tregua política. La ANR se mantenía en la expectativa, especulando con una salida democrática dirigida por ellos. La derrota del Eje había debilitado profundamente al “Frente de Guerra” y Morínigo se encontraba aislado.

Una interna en el ejército fue el detonante que obligó a Morínigo a ceder. El 9 de junio de 1946, el Tte. Cnel. Enrique Giménez, perteneciente a la ANR, se sublevó ante su superior, el comandante Victoriano Benítez Vera, del “Frente de Guerra”. El triunfo finalmente fue logrado por los insurrectos y Benítez Vera debió buscar asilo en la embajada brasileña. La caída del camarilla fascista de Caballería provocó el ascenso de los militares “institucionalistas” que obligaron a Morínigo a cambiar el rumbo de su gobierno, precipitando de esta forma la “primavera democrática” (González Delvalle, 2007).

La apertura se produjo rápidamente, en el siguiente mes de julio fueron derogadas las leyes de prensa y de tregua política, y se conformó un “gobierno de coalición”, formado por febreristas (CRF), colorados y militares institucionalistas en un sistema de “equidad ministerial”, siguiendo Morínigo como presidente. El período abierto por la crisis del 9 de junio permitió, a su vez, el arribo de exiliados políticos tanto liberales como franquistas y comunistas. Se produjeron grandes manifestaciones públicas (con la participación de varios y a veces todos los partidos políticos) de apoyo al gobierno de coalición. Se trató del único momento (fugaz, de sólo medio año) de efectiva presencia de “libertades democráticas” en todo el período de la historia paraguaya desde 1932 a 1989.

En este contexto de libertad política, Obdulio Barthe y Oscar Creydt pudieron retornar del exilio, y este último pronunció un discurso ante una masiva movilización que lo fue a recibir al puerto. Fue el momento más importante de la historia del PCP, por su capacidad de convocatoria⁵ y por su influencia en el escenario político del Paraguay. Este discurso es uno de los documentos más importantes del PCP, fue reproducido por innumerables medios de prensa. Allí, Credyt declaraba, siguiendo la línea mundial de “unión nacional antifascista” aprobada en el I Congreso, su apoyo al gobierno de coalición y exponía el programa del PCP. Al ser un documento tan relevante, no podemos dejar de citar extractos del mismo:

La dirección de nuestro partido ha declarado que apoya y apoyará con decisión y sin reservas al actual gobierno de transición en el cumplimiento de los compromisos de normalización.

[...]

Nuestro partido estima que la mejor manera de clarificar totalmente la situación política, dando satisfacción a las inquietudes del pueblo, consiste en que el gobierno convoque de inmediato, sin dilaciones, a elecciones para la Asamblea General Constituyente...

[...]

Es necesaria una reorganización de la propiedad privada en el campo. Es necesaria una profunda reforma agraria, sobre la base del cumplimiento y perfeccionamiento de la legislación agraria existente. Es necesario entregar a los campesinos tierras de la mejor calidad cerca de las vías de comunicación.

[...]

⁵ Hacia principios de diciembre de 1946 el PCP cerró su campaña de afiliación con un total aproximado de diez mil nuevos afiliados, que se sumaban a los ya existentes.

¿Es un programa comunista el que acabo de indicar? No es un programa comunista. ¿Es un programa socialista? Tampoco lo es, puesto que no proponemos la socialización de la tierra, sino su entrega a los campesinos en propiedad privada, con título registrado. Es un programa que se realizará dentro de las normas jurídicas del capitalismo y de la propiedad privada, pero con miras al interés de la nación y del pueblo. Es el programa de la Revolución Paraguaya, revolución de carácter democrático, agrario y anti-imperialista, es decir, *nacional*.⁶

Sin embargo, la “primavera democrática” no duraría mucho, y las esperanzas de una pronta normalización institucional y de una apertura política quedarían truncadas por más de cuatro décadas. Apenas indiciado el gobierno de coalición, los enfrentamientos no se hicieron esperar: el 14 de agosto, el acto organizado y la marcha de apoyo que recibió al ex-presidente y dirigente liberal José P. Guggiari terminó precipitando una fuerte escalada de violencia, en un enfrentamiento con grupos de manifestantes de otros partidos que impedían la llegada de los liberales al Panteón de los Héroes, que se había transformado en una suerte de santuario del “lopizmo”. Era un anuncio certero de que la “primavera democrática” no se trataría precisamente de un período pacífico.

Efectivamente, mientras duró la “primavera democrática”, predominó un clima de conflictividad política y agitación social que alcanzó al mismo gabinete, con el enfrentamiento directo de los dos partidos gobernantes. Sin embargo, el afán aperturista de los militares institucionalistas continuaría con la creación de la Junta Electoral en octubre, organismo director del proceso electoral que llevaría adelante la convocatoria de la próxima Convención Nacional Constituyente. Este afán de democratización estaba, empero, viciado ya en sus comienzos: numerosas irregularidades se habían cometido en la conformación de la Junta, además de que quedaban nuevamente excluidos de ella los miembros del PL y del PCP. Hacia fines de 1946, se producirían varias represiones violentas, como la de la policía a una manifestación de los estudiantes universitarios en las que participaban el PL, los febreristas y el PCP. Se manifestaba claramente en muchos de estos acontecimientos represivos, el deliberado apoyo de sectores represores de la dictadura moringusta a la ANR, haciendo la vista gorda a los actos de violencia cometidos por los matones del “Guión Rojo”.

⁶ Creydt, Oscar, “Hacia la Asamblea Nacional Constituyente. Por un Paraguay Nuevo”, discurso pronunciado en el Puerto de Asunción el 10 de agosto de 1946, en Creydt, 2007:212-241.

El gobierno de coalición terminaba el año sumido en una profunda crisis política, “alimentada por la parcialidad manifiesta de Morínigo hacia los colorados, la postergación de las elecciones y los frecuentes ataques a la prensa y a la oposición” (CVJ 2008:126).

A principios de 1947 se produjo la retirada de la CRF del gobierno de coalición. En un petitorio enviado al gobierno el 10 de enero, el febrerismo ponía como condición para su continuidad en el mismo la remoción del Jefe de Policía de la Capital y del Jefe de la División de Investigaciones, y la depuración de sus reparticiones. Se trataba de los dos puestos claves del aparato represivo del régimen y lo seguirían siendo durante la dictadura de Stroessner. La petición no fue aceptada y al día siguiente los febreristas renunciaron a sus puestos. Ante esta situación, en una reunión de los altos mandos militares convocada por Morínigo se planteó (y se decidió) con la aprobación mayoritaria de los militares “institucionalistas” la retirada de la ANR del gobierno. La consigna era, o participan en igualdad de condiciones ambos partidos, o de otra manera, debían los militares asumir el gobierno para garantizar la “apertura democrática”.

Morínigo, sin embargo, hizo caso omiso de la decisión de la mayoría de los jefes militares y en connivencia con los máximos referentes de la ANR se produjo el autogolpe cívico-militar del 13 de enero de 1947 y el apresamiento de los principales referentes de los militares “institucionalistas”, en especial su líder, el general Vicente Machuca. El abanico de posibilidades de competencia política abierto por la “primavera democrática” quedó así reducido, definitivamente, a la salida armada. Esto porque, si tanto Morínigo como los dirigentes de la ANR pensaban que la crisis política había sido resuelta a su favor, esta sólo se había resuelto de manera aparente. Amancio Pampliega, militar institucionalista, así lo sostiene en su libro “Misión cumplida”:

La gran mayoría de los componentes de las Fuerzas Armadas todavía sangraba por la herida. No era para menos [...] Ahora se desestimaba lo resuelto por el Ejército. Era una afrenta muy grande, que no podía menos que ocasionar una tremenda reacción. [...] La suerte estaba echada para ser decidida por el nefasto camino de las armas. Entre paraguayos se iba a librar otra gran batalla campal de caña, poncho y cuchillo, como aquella de 1922-23. (Pampliega, citado en González Delvalle 2007:188).

El 7 de marzo de 1947 un grupo armado febrerista realizó un asalto fallido al cuartel central de Policía de Asunción. Al día siguiente la guarnición militar de Concepción, ciudad ubicada al norte del país, se sublevó en contra del gobierno. Su programa, formulado por dirigentes febreristas y comunistas, consistía en la apertura democrática, normalización institucional, convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, medidas contra la carestía y para el mejoramiento de la calidad de vida del trabajador, etc. Se formaba a este efecto un gobierno provisional con sede en Concepción. Comenzaba entonces la guerra civil que enfrentaría a los militares institucionalistas apoyados por los febreristas, el PCP y el PL al gobierno de Morínigo y la ANR, lucha que se extendería entre principios de marzo y fines de agosto y que terminaría con el saldo de miles de muertos y exilio de miles de personas.

Durante el conflicto Morínigo recibió armas del gobierno peronista para pertrechar las milicias rurales dirigidas por oficiales de reserva colorados, excombatientes de la Guerra del Chaco en su mayor parte pertenecientes al “Guión Rojo”. Esto porque el 80% de la oficialidad y de los soldados del Ejército formó en el bando de los insurrectos, además de los numerosos voluntarios comunistas y febreristas que se les sumaron. Aquí volvió a evidenciarse el agudo contraste que oponía la ciudad al campo: los “revolucionarios”, que contaban con la simpatía de la mayoría de la población urbana, cosecharon escaso apoyo, las más de las veces una cruda indiferencia, en las áreas rurales, en donde los colorados reclutaron a la mayor parte de sus milicianos “pynandí” (descalzos). Las montoneras liberales, que décadas atrás habían incendiado varias veces el país, brillaron por su ausencia.

La lucha fue sangrienta, a la inicial superioridad numérica y de recursos de los insurrectos, le siguió una gran recuperación colorada en base al recurso de la movilización de aproximadamente quince mil milicianos. La sublevación de la marina en abril (que provocó el levantamiento de los obreros y estudiantes de los barrios cercanos a la base naval de la Capital) y el fallido ataque a Asunción por los insurrectos en agosto, fueron los momentos álgidos del conflicto. Durante la contienda, según Paul Lewis, se vivió un reino del terror, con los “guionistas” persiguiendo a todo aquel que se considerase como posible opositor, asaltando sus casas en busca de cualquier indicio de “subversión”.

Durante esa guerra civil [...] se cometieron innumerables violaciones de los derechos humanos, cuyas víctimas fueron no sólo prisioneros sino también civiles. En la posguerra continuaron los allanamientos ilegales y los apresamientos de opositores, y miles de paraguayos debieron marchar al exilio. En las calles milicias parapoliciales –guardia urbana– exigían la afiliación a la ANR para permitir la libre circulación de ciudadanos. (Informe final de la CVJ 2008:127).

El saldo inequívoco de la guerra civil fue la hegemonía colorada en el país, que se extendería por más de medio siglo. Se había eliminado la oposición, con un salvajismo implacable. La atmosfera y el contexto llevaban al cometimiento de crímenes y venganzas personales que se extendían por todo el país. Se trataba del “terror colorado”. Como resultado de todo esto, decenas de miles de paraguayos debieron abandonar el país en una emigración masiva, casi en su totalidad rumbo a la Argentina. El número de emigrantes como producto de la guerra civil oscila, según los diversos autores, entre los 200 y 400 mil respectivamente, algo así como un tercio de la población total del país. Debido al itinerario político posterior, muy pocos de ellos pudieron regresar.

La guerra civil golpeó profundamente al PCP, el peso de la derrota y la represión de posguerra fue proporcional al rol jugado en el conflicto. Sus máximos dirigentes volvieron a exiliarse y muchos de sus cuadros murieron combatiendo durante el conflicto o fueron encarcelados y torturados por el régimen colorado. Comenzaba otra época en la historia del PCP, signada por el exilio de sus máximos dirigentes, las disputas internas y las acciones armadas emprendidas para derrocar la nueva y mucho más sangrienta dictadura encabezada por el Gral. Alfredo Stroessner, desde 1955.

Conclusión

La coyuntura paraguaya de los años 1935-1947 es una de las menos conocidas en el exterior. El período abierto hacia el final de la Guerra del Chaco y cerrado en 1947-1954 tiene una gran importancia, no obstante, en la historia paraguaya posterior. Se trata de un nudo histórico decisivo, con características muy particulares. Primero, como ya hemos afirmado con anterioridad, se trató del auge del nacionalismo como ideología predominante en todas las fuerzas políticas paraguayas. Segundo, también fue el apogeo de la

intervención militar en los asuntos de estado, siendo los partidos políticos desplazados a un segundo plano. Tercero, se produjo además el abandono progresivo de las políticas de *laissez-faire* por una más activa intervención del Estado en lo social y económico. Y finalmente, en este período se fue produciendo el cambio geopolítico más importante del siglo XX paraguayo, con el paso de una hegemonía anglo-argentina hacia una brasileña-norteamericana en el país.

El PCP fue uno de los actores más importantes de la movilización urbana característica de aquellos años. Fue su época de apogeo. Aunque era un partido pequeño, la hegemonía comunista en la movilización era tal que costaba distinguir a los sectores liberales y febreristas que los acompañaban. El discurso antifascista y “nacionalista” del PCP atraía a muchos jóvenes, ganados en la lucha contra los gobiernos autoritarios. Una de las denuncias más comunes de los dirigentes tradicionales liberales y febreristas era precisamente la tan mentada “infiltración comunista” que predominaba, según éstos, en los sectores juveniles y obreros.

Este grado de agitación no podía llevar sino al enfrentamiento entre las fuerzas políticas en pugna. Como bien dice José Carlos Rodríguez, los dirigentes de la ANR sabían perfectamente donde residía el poder: localmente en la Caballería (donde habían ganado al TCnel. Enrique Giménez) y regional e internacionalmente en las embajadas brasileña y norteamericana. Y actuaron en consecuencia, contando con la impericia política de los febreristas, en quienes los norteamericanos desconfiaban. Contaban además con el apoyo, o la indiferencia complaciente, de las masas campesinas, alejadas cultural y políticamente de los “desconocidos” partidos comunista y febrerista, y del desprestigiado PL.

La “revolución del 47” no sólo enfrentó a los sectores progresistas y conservadores, al “frente democrático” y la ANR, sino que también opuso al Ejército y a la ciudad de Asunción con el interior del país. Fue la victoria del campo sobre la ciudad; del “pynandí” tradicional sobre la alianza de militares, estudiantes y obreros.

La guerra civil no sólo catapultó al partido colorado al poder, sino que transformó profundamente al país. Quedaban sentadas las bases para la formación del gobierno más autoritario que haya dado la historia paraguaya, que llevaría a la “coloradización” del país, provocaría una transformación profunda del modelo económico e impulsaría el ya mentado cambio geopolítico regional, que giraría hacia el Brasil y los EEUU.

Bibliografía

BONZI, Antonio (2001)

Proceso histórico del Partido Comunista Paraguayo. Un itinerario de luces y sombras. Asunción: Arandurá Editorial.

COMISIÓN VERDAD Y JUSTICIA, Paraguay (2008)

Informe final de la Comisión Verdad y Justicia. Coordinador de Investigación: José Carlos Rodríguez. Coordinadora General: Yudith Rolón. Asunción, Paraguay.

CREYDT, Oscar (2007).

Formación histórica de la Nación Paraguaya. Pensamiento y vida del autor. Asunción: Servilibro.

FERREIRA, Saturnino (1987)

Proceso político del Paraguay (1943-1947). Una visión desde la prensa. Asunción: El Lector. Colección histórica 23.

GAONA, Francisco (1967)

Introducción a la historia social y gremial del Paraguay. Tomo I. Montevideo: Arandú.
_____ (1987)

Introducción a la historia social y gremial del Paraguay. Tomo II. Asunción: Centro de Documentación y Estudios.

GONZÁLEZ DELVALLE, Alcibíades (2007)

El drama del 47. Documentos secretos de la guerra civil. Asunción: El Lector. Colección Sociedad y Política.

LEWIS, Paul (1986)

Paraguay bajo Stroessner. México: Fondo de Cultura Económica.

RODRIGUEZ, José Carlos (2010)

El Paraguay bajo el nacionalismo (1936-1947). Asunción: El Lector. Colección La Gran Historia del Paraguay, N° 11.

ROSALES, Humberto (1991)

Historia del Partido Comunista Paraguayo (1928-1990). Primera reseña escrita a la luz pública sobre la historia del Partido Comunista Paraguayo, posibilitado por la actual apertura política, con vistas a las transformaciones democráticas necesarias. Asunción: mimeo.

SEIFERHELD, Alfredo (1985)

Nazismo y fascismo en el Paraguay. Vísperas de la II Guerra Mundial. Gobiernos de Rafael Franco y Félix Paiva (1936-1939). Asunción: Editorial Histórica.

_____ (1986)

Nazismo y fascismo en el Paraguay. Los años de la Guerra. Gobiernos de José Félix Estigarribia e Higinio Morínigo (1939-1945). Asunción: Editorial Histórica.

VOLTA GAONA, Enrique (1982)

La revolución del 47. Asunción: Dirección de Publicaciones de las FFAA.